

muy sentido del rey, que conocia y sabia sacar tanta utilidad de sus servicios. Aunque lo dicho hasta ahora de tan ilustre personaje basta sin duda para darle bien á conocer, no extrañará el lector que consagremos algunas líneas mas á su memoria. Es sin duda el duque de Alba una de las mas grandes figuras que brillan en el cuadro colosal de este reinado. Dedicado desde su primera juventud á la carrera de las armas, terminó su vida á la edad de setenta y cuatro años, dando fin á una campaña, que si no de mucho mérito por lo reñida, será siempre célebre por lo importante y útil á los intereses de la España. Si el brillo de su nombre llegó á su mayor altura bajo el reinado de Felipe II, ya era muy grande y distinguido en el de su padre, que tuvo á sus órdenes los primeros capitanes de su siglo. Muy jóven todavía, comenzó á lucirse en la campaña de Provenza: se halló en Tunez y en Argel: mandó en jefe, siendo hombre ya entrado en años, la batalla Muhlberg, y asimismo el sitio que á la plaza de Metz puso Carlos V. De sus acciones en el reinado de Felipe II, hemos dado una idea ya bastante extensa en el curso de esta historia. Fué admirable la disciplina que supo introducir y mantener en los ejércitos; singular la vigilancia con que atendia á todos los pormenores de su mando militar, y consumada la prudencia que en todos sus pasos y movimientos observaba. Sabia combatir y abstenerse de empeñar batallas, cuando podia de otro modo conseguir victorias. Sus inferiores le obedecian y respetaban á par que le temian, reconociendo en todo lo superior de su capacidad, y lo llamado que estaba por el orden de las mismas cosas á mandarlos. Tuvo como cortesano la misma superioridad de brillo y de importancia, que cuando se hallaba al frente del ejército. Fué el duque de Alba el hombre de todas las confianzas de Felipe II, de todos sus viajes, de todas sus negociaciones, y al parecer depositario de todos sus secretos, es decir, de todos los que podian ser comunicados. Si cayó por un tiempo de su gracia, fué para levantarse de ella con mas esplendor, y hacer ver al

rey lo difícil que le era descartarse de un hombre de su clase. Activo, duro, inflexible, sin misericordia, instrumento ciego de sus voluntades, tenia todos los requisitos necesarios para captarse su benevolencia. Como el servido era el servidor, con la diferencia que podia haber entre el político sagaz y el fiel soldado. Era católico por educación, intolerante por carácter, por hábitos; porque era tal la índole del tiempo; sanguinario por temperamento, tal vez porque en su opinion iba en ello el interés de la justicia. Aborrecia á los protestantes con furor, y no le inspiraban los flamencos sublevados mas suaves sentimientos. Como odiaba, fué odiado; pocos hombres fueron mas objeto de terror; en pocos retratos se imprimieron mas las tintas que podia producir el espíritu de indignacion y de venganza. Para completar este bosquejo, diremos que un hombre tan grave, tan entero, tan inflexible, tan objeto para todos de respeto y de temor, como el duque de Alba, se sentia como anonadado en la presencia de Felipe II, y que solo una mirada, una frase algo severa de este rey, bastaba para intimidarle.

Poco despues de la muerte del duque de Alba, ocurrió asimismo en Lisboa la de Sancho de Avila, que de paje suyo habia pasado á ser su favorito y alumno predilecto en la escuela de la guerra. Correspondió el discípulo á la excelencia de tal maestro; y aunque no alcanzó fama de un insigne capitan, adquirió derechos legítimos á una fama bastante distinguida. Lució este soldado de fortuna por su valor y habilidad, en varios teatros, sobre todo en Flandes, donde varias veces hicimos de su nombre mencion muy honorífica. Ya le hemos visto en Portugal, sirviendo bajo las órdenes del duque de Alba, como lo tenia de costumbre, y dando fin á la guerra, en su marcha desde Lisboa á Oporto, donde quedó destruida por entonces la parcialidad de don Antonio. Apreciaba el rey á Sancho de Avila, y todavía existe una carta que le escribió directamente este monarca, dándole gracias por su comportamiento, y ofreciéndole mercedes. Se

dice de Sancho de Avila, que los muchos enueentos y vivas refriegas en que se encontró durante su larga vida militar, no le costaron ni una gota de sangre, circunstancia feliz que ocurre á pocos. Una cox de caballo mal curada puso término á sus dias, quando todavía no pasaba de la edad madura.

Despues de verificada en Lisboa con toda solemnidad por los tres Estados del reino la jura del principe don Felipe, y nombrado por gobernador y virey de Portugal al archiduque Alberto, salió Felipe II de Lisboa á principios de 1583, y tomó la vuelta de España, dirigiéndose sin detencion á Madrid, donde fué recibido con una pompa extraordinaria. Pocos dias despues se dirigió al Escorial, donde los monges le festejaron con el entusiasmo debido á un poderoso protector, que tan magnífico establecimiento les proporcionaba. Sin duda no fueron menos vivos los sentimientos de placer con que el rey se vió restituído á una mansion tan suspirada.

Volvamos á Portugal, cuyos dominios no estaban aun todos sujetos á la autoridad del rey de España. Hablamos de las islas Terceras, donde dejamos á don Antonio respirando con la marcha del marqués de Santa Cruz, quien aplazó para ocasion mas oportuna la conquista de la isla. Empleó don Antonio el invierno 1582 á 1583 en fortificarla del mejor modo posible, para recibir la visita que la amenazaba. Hizo aumentar la guarnicion de Angra y de los demas puntos fuertes con aventureros que de Francia, Inglaterra y otras partes acudian; se proporcionó un gran surtido de municiones, piezas de artillería y otros pertrechos de guerra, cogidos en las islas de Cabo Verde por una expedicion que salió al efecto de Angra y entró á viva fuerza en la de Santiago, habiéndola entregado ademas al pillaje y al saqueo. Al mismo tiempo pedía nuevos auxilios á Inglaterra y Francia, haciéndoles ver la importancia de aquellas islas, para hostilizar al rey de España en sus posesiones de la otra parte de los mares.

ob Todavía no había llegado para la reina de Inglaterra la ocasion de declararse en guerra abierta con Felipe II, aunque indirectamente le hostilizaba en todo lo posible. En la misma situacion se hallaba el rey de Francia, dispuesto siempre á dañar al de España, sin atreverse á declararse su enemigo. En la primavera de 1583 se alistó en sus puertos una expedicion de dos mil hombres, que á las órdenes de M. de Joyeuse, se dirigió á la Tercera, adonde aportó sin contratiempo alguno. Con tan oportuno y considerable refuerzo cobró nuevo vigor el ánimo de don Antonio, quien se creyó asegurado para siempre en una posesion que le iba á abrir la puerta para todas las que reclamaba. No descuidaba entre tanto Felipe II un negocio que le traia tanta cuenta como el de arrojar para siempre al prior de Crato de todos los dominios portugueses. A su salida de Lisboa, dejó dadas sus disposiciones para un armamento tal, que asegurase la conquista de la isla disputada. Se nombró por su jefe al mismo marqués de Santa Cruz, que se habia distinguido tanto en la anterior expedicion, y bajo los auspicios de este general, se puso la escuadra en estado de salir al mar, como se verificó el 23 de julio de aquel año. Se componia la escuadra de treinta naves gruesas, dos galeazas, doce galeras y cuarenta y siete buques de mucho menor porte. Iba de maestre de campo general Lope de Figueroa con veinte banderas de su tercio, que componian una fuerza de dos mil y setecientos hombres. Embarcó el conde Lodron mil quinientos alemanes, todos escogidos. Mandaba el maestre de campo, don Francisco Bobadilla, dos mil doscientos soldados españoles formados en doce banderas; don Juan de Sandoval otras quince, compuestas de mil quinientos cuarenta y cuatro soldados españoles y doscientos cincuenta y cuatro italianos. Se embarcaron ademas ciento veinte caballeros portugueses, todas personas de distincion, ochenta y seis soldados que habian sido oficiales, y cincuenta caballeros castellanos que iban todos como aventureros.

Llegó la escuadra á la isla de San Miguel el 13 de julio, y desde el momento hizo el marqués de Santa Cruz que pasase á su bordo un tercio de españoles de dos mil y cuatrocientos hombres al mando de su maestre de campo Agustín Iñiguez, que era al mismo tiempo gobernador de aquella isla. Hechos los preparativos para caer sobre la Tercera, llamó el marqués de Santa Cruz á consejo, en el cual se reunieron don Pedro Toledo, duque de Ferdinandina; el maestre de campo general don Lope de Figueroa; el conde de Lodron, y los maestros de campo don Francisco Bobadilla, Agustín Iñiguez, don Juan de Sandoval, don Pedro de Padilla, Juan Martínez de Recalde, don Cristóbal de Eraso, Juan de Urbina y don Jorge Manrique. Se deliberó en la junta sobre los puntos donde debia desembarcar la expedición, y las demas medidas para llevar adelante la conquista, para lo que despues de depositar en la isla de San Miguel los enfermos de la armada y puesto nuevo gobernador en dicha isla, se llevó consigo todos los barcos chatos que habia mandado construir el invierno anterior para auxiliar el desembarco.

Se hizo á la vela la expedición desde la isla de San Miguel, y el 24 del mismo aportaron á las costas de la Tercera, cuyo gobernador habia tomado cuantas disposiciones le fueron posibles para oponerse al desembarco.

Comenzó el marqués de Santa Cruz sus operaciones enviando un parlamento al gobernador, en que ofrecia perdón en nombre del rey á todos cuantos voluntariamente se rindiesen á su autoridad, y asimismo salvo conducto á los franceses para retirarse libremente con todos sus efectos. Fué recibido el parlamento, ó por mejor decir devuelto al marqués, desechando todas sus ofertas; y aunque las renovó por medio de un manifiesto á los habitantes de la isla, tuvo maña el gobernador para recoger el documento y guardarlos, sin que fuese sabido tal perdón por los interesados.

Empleó el marqués el dia de su llegada y el siguiente

en hacer reconocimientos de las costas para buscar los puntos de mas fácil desembarco. Despues de muchos tanteos y diversos pareceres, se decidieron á verificarle cerca del puerto de la Muela, defendido por un fuerte, á dos leguas de Angra, capital de la isla, como ya se ha dicho.

Se verificó el desembarco el dia 26 con cuatro mil hombres de los tercios de Agustín Iñiguez y don Francisco Bobadilla, á quienes estaba esta empresa encomendada. Fueron tomando tierra poco á poco las tropas, no sin dificultad, por lo difícil de acercar bien las lanchas que las conducian. Conforme iban desembarcando se formaban en escuadron, pues los enemigos se hallaban muy próximos, y del fuerte de la Muela los estaban cañoneando, aunque inútilmente. Mientras tanto que se verificaba el desembarco, se aproximó cuanto pudo el marqués con su galera á las murallas del fuerte por via de reconocimiento, ó mas bien para entretener á la guarnición, que le hizo muchos disparos, distrayendo su atención de las tropas que desembarcaban.

Aunque no faltaban tropas en la Tercera en bastante número para medirse con las del marqués, y ofrecerle á lo menos una obstinada resistencia, costó muy poco á los nuestros la expugnación de este baluarte en que tantas esperanzas tenia puestas don Antonio. No reinaba la mejor inteligencia entre el jefe de las tropas francesas y el gobernador portugués Juan Antonio de Silva, cuya dura y arbitraria administración le habia hecho objeto de odio para casi todo el vecindario. Eran demasiado desiguales las fuerzas de don Antonio y del rey católico, para que los habitantes de la Tercera no se arredrasen con las consecuencias de una lucha abierta. Segun informes que tuvo el marqués, ascendia á nueve mil el número de las tropas enemigas, casi el doble de las suyas propias. Mas eran bisoñas, acabadas de alistar, con poca instrucción, con menos disciplina. No dejaron sin embargo de presentarse á las nuestras inmediatamente de verificado el desembarco. Formaron su campo, asegu-

rado por medio de trincheras: lo mismo practicaron las tropas españolas. Todo aquel día del desembarco se pasó en escaramuzas de muy pocos resultados por ninguna de ambas partes.

Para dar una idea del mal estado en que se hallaban las tropas portuguesas y francesas, mencionaremos una estratagemas de que se valieron, muy rara en los anales de la guerra. Hallándose el marqués celebrando un consejo de guerra muy cerca de ponerse el sol del mismo día 26, tuvo que suspenderle por un ruido y alboroto extraordinario que se movió en su campo, y procedido todo de la singular invencion que tuvo el enemigo de soltar como unas mil vacas y dirigir las al campo de los españoles. Mas este ganado se desordenó por precision á los primeros tiros de los nuestros, que les disparaban desde lo alto de sus trincheras sin que se atreviesen á saltarlas. Así no sirvió esta escaramuza más que de risa para el campo español, donde se debió de conocer con qué clase de enemigos se hallaban empeñados.

Al día siguiente tuvo lugar un lance mas serio, en que los franceses llevaron al principio lo mejor, habiendo con mucha bizarría obligado á los nuestros á cederles el terreno. Mas fué esta ventaja para ellos de muy poca dura, habiendo tenido al fin que retirarse al otro extremo de la isla en que se situaron. Así quedó abandonado el puerto de la Muela, y asimismo el de Angra, que se hallaba sin fortificaciones.

Habia ofrecido el marqués dar á saco á sus tropas la isla por tres días. Usaron de ese permiso en el puerto de la Muela; lo mismo se verificó en Angra, adonde las tropas se dirigieron en seguida. Mas el botin fué sumamente escaso, pues el pueblo estaba abandonado y los vecinos habían llevado consigo sus efectos mas preciosos. Así solo cayeron en poder de los nuestros algunos muebles de poco valor que para nada les servian; mas hicieron una presa considerable en los esclavos del país, hasta el número de mil y quinientos que se repartieron.

Si se encontraron pocas riquezas en Angra, no sucedió lo mismo con el material de guerra. Se hallaron noventa y una piezas de artillería en los bajeles, y en los fuertes doscientas diez y nueve, pertenecientes muchas de ellas á los franceses, con las armas reales de aquel reino. Se cogieron además muchas balas, pólvora, jarcia y demas pertrechos militares, tanto de mar como de tierra.

Inmediatamente echó el marqués un bando para que se recogiesen á sus casas los habitantes que andaban vagando por los campos y habian tomado asilo en las montañas. Poco á poco depusieron estos el temor, y la isla volvió á su estado de tranquilidad acostumbrada. En cuanto á los portugueses armados y franceses que se retiraron de la accion, se hallaban en un pueblo llamado los Altares, en la parte mas occidental de la Tercera.

Mientras se negociaba de una y otra parte sobre la suerte ulterior de estas tropas, despachó el marqués de Santa Cruz parte de sus galeras para volver á la obediencia del rey las demas islas que todavía estaban á la devocion de don Antonio. Se rindió la de San Jorge sin ninguna resistencia; mas la puso la de Fayal á don Pedro de Toledo, que tuvo que desembarcar á viva fuerza. Las tropas que se le presentaron en la costa huyeron inmediatamente y se refugiaron al castillo de Orta. Mas este fuerte se rindió muy pronto á las armas de don Pedro, quien hizo colgar al gobernador, como el principal motor de aquella resistencia.

Dió el capitán español la isla de Fayal á saco por tres días, y despues de haber puesto nuevo gobernador en el castillo de Orta, se encaminó á la isla de Pico, que se entregó sin resistencia. Desde allí se dirigió á la Tercera, habiendo hecho rendirle obediencia en el camino á las islas del Cuervo y la Graciosa.

Mientras tanto habian hecho proposiciones los franceses de la Tercera para que el marqués les permitiese retirarse á su país con sus banderas, armas y artillería,

Llevándose consigo á Manuel de Silva y otros portugueses de importancia, comprometidos en la defensa de la isla. Mas se hallaban los franceses en sobrados apuros para quedar libres con tan suaves condiciones; por lo que tuvieron que pasar por las que les impuso el marqués de Santa Cruz, á saber: que se rindiesen salvando las vidas, entregando las banderas y las armas, excepto las espadas, pudiendo en seguida trasladarse á Francia, quedando prisioneros los franceses que habian sido cogidos durante la pelea. A tenor de estas condiciones el 4 de agosto se presentaron los franceses en el castillo del puerto de Angra, donde entregaron diez y ocho banderas, las armas de todas clases, menos las espadas, y demas efectos de guerra que tenian. Ascendian á dos mil y doscientos los franceses que se rindieron á los españoles; mas todavía faltaban cerca de seiscientos para completar el número de los que habian aportado á la Tercera, pudiendo presumirse que se habrian escondido unos, evadido otros secretamente de la isla, y otros muertos en el campo de batalla.

Andaba el gobernador Juan de Silva vagando por la isla, por las pesquisas que de todas partes se hacian por orden del marqués, que habia puesto á precio su cabeza. Al fin cayó en manos de un soldado llamado Juan Espinosa, quien le puso en las del marqués el 10 de agosto. Fué conducido inmediatamente á la galera capitana, y de aquí al puerto de Angra, donde tres dias despues fué degollado por manos del verdugo, al mismo tiempo que algunos otros principales partidarios que habian seguido el pendon de don Antonio. Tambien fueron ahorcados otros de menos nombradía.

Aunque se perdonó la vida al vecindario de la isla, no dejó el marqués de Santa Cruz de tomar medidas de rigor que le parecieron necesarias. Mandó hacer muchas prisiones, sobre todo de frailes, que se suponía tenían la parte principal en la resistencia de los habitantes. Confiscó, mientras el rey disponia otra cosa, los bienes de

todos los vecinos de las seis islas que habian negado su obediencia al rey católico. Puso en libertad á todos los presos que habia por asuntos políticos, y decretó indemnizaciones de los perjuicios que se les habian irrogado. Despues de arreglar todos estos negocios y asegurado los puntos fuertes con buenas guarniciones y gobernadores leales, se embarcó el marqués de Santa Cruz á últimos de agosto, y tomó la vuelta de Lisboa, adonde llegó á principios de setiembre.

Así con la conquista de las islas Terceras, quedó Felipe II pacífico Jueño y señor de todos los dominios de la monarquía portuguesa.

CAPITULO LVII.

Asuntos de los Países-Bajos.--Sitio de Amberes por el príncipe de Parma.--Dificultades de la empresa.--Ocupa Alejandro las dos orillas del Escalda.--Construye un puente para cortar las comunicaciones de Amberes con el mar.--Descripción de la obra.--Toma de Gante.--Intentan los sitiados desbaratar el puente.--Burlotes.--Voladura de una gran parte de la construcción.--Desastres.--Se repara el daño.--Atacan los sitiados el contradique de Colvesteins.--Son rechazados con gran pérdida.--Abren sus puertas Bruselas y Malinas.--Nuevos esfuerzos infructuosos de los de Amberes para abrir sus comunicaciones con el mar.--Se ven precisados á rendirse.--Condiciones de la entrega.--Recibe el príncipe Alejandro el collar del Toison de oro.--Su entrada triunfal en Amberes (1).

1584—1585.

LA incorporación del reino de Portugal en los vastos dominios que ya poseía el rey católico, acrecentó naturalmente el miedo, la suspicacia, la secreta envidia de que era objeto para los que se llamaban sus amigos, así como dió nuevo fuego al odio de sus enemigos declara-

(1) Las mismas autoridades que en los capítulos concernientes á los Países-Bajos.